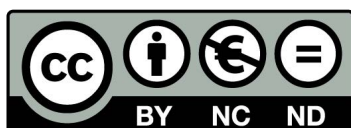


RUTA LITERARIA.
HOMENAJE
A
PABLO GARGALLO



DIPUTACION PROVINCIAL
Institución «Fernando el Católico»
Z a r a g o z a

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
<https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/0879>



Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- **BY (Reconocimiento):** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **NC (No comercial):** La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- **ND (Sin obras derivadas):** La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

RUTA LITERARIA.
HOMENAJE
A
PABLO GARGALLO

Publicación número 860
de la
Institución «Fernando el Católico»

NUEVA COLECCION MONOGRAFICA

36 - m

1. S. B. N. 84-00-05121-1

Depósito legal: Z. 705 — 1982

IMPRESO EN ESPAÑA

Cooperativa de Artes Gráficas LIBRERÍA GENERAL. Pedro Cerbuna, 23. Zaragoza — 1982

PALABRAS PARA UN HOMENAJE

por

JOAQUIN MATEO BLANCO

Pablo Gargallo, el hombre de los yerricos, nacido aquí para el mundo, es un aragonés genial, uno de esos tallos solitarios que crecen universales por el alumbramiento de la raza, gentes de Aragón como un estallido en el secano.

Salió de Maella y se fue a París a triunfar su rebeldía campesina, su cabeza atada al airón de lo prodigioso, salió para que le llamaran el «ferblantier», el herrero, con su martillo en la fragua golpeando energuménicamente, abriendo el secreto del arte, la maravilla de los espacios, el juego de sombras y aire por el que se cuela el genio.

Dos notas son trascendentales en su obra:

Primero, incorporar el arte del herrero a la materia noble. Aquí era tan sólo y en todo el mundo hasta entonces mester de artesanos, oficio nacido de la Edad del Hierro, trabajos de Vulcano, dios infernal, hasta Gargallo. Eso sería bastante para su fama de orfebre y artista en sus obras de genio. Raymund Charmet, el crítico francés decía con ocasión de su exposición retrospectiva en París en 1957: «La revolución que significa incorporar el hierro a la expresión artística se debe a Gargallo, en el que la potencia de invención y la perfección de la técnica no han sido sobrepasados, lo que suele ocurrir con los grandes precursores, significando su obra una de las más audaces empresas de nuestro tiempo».

Pero además, el segundo acierto de su espíritu creador es ese juego prodigioso con el vacío, la incorporación del aire domesticado para que sirva de contrapunto a la expresión dura del hierro, ternura y violencia como todo lo aragonés.

Ahí está el profeta, tiene la mano levantada al aire como un sarmiento extemporáneo, fugitivo del brazo, como si quisiera esca-

parse hacia las nubes desde el propio vacío de sus intestinos, hecho de hierro oscuro y primigenio, como los hombres grandes, que parecen nacidos de las piritas pobres que hacen tan rica en espíritu a la materia aragonesa.

Los árabes nos dejaron una cultura del ladrillo, del adobe, que se alza en la lanza de las torres bellísimas del mudéjar sólidas y arquetípicas.

Pero el hierro estaba dormido en las fraguas, aprisionado por martillos de los herreros torrenciales, esperando la voz que le hiciera alzarse en toda su esplendorosa dignidad de materia noble.

Gargallo hacía el arte a golpes, sobre el fuego, como un castigo de esta tierra sedienta, y lo llenaba luego de aire, tierra de vientos, vaciado en ventanas para que surquen las palomas los grandes espacios vacíos.

Desconocido en su tierra, afirmaba en su artículo ya en 1930 su amigo Pierre Courthion que le dedicó un artículo en la revista «Art et décoration», dedicado íntegramente en vida del artista a su obra, destaca en la evolución de materiales, volúmenes y medios de expresión que aportó el aragonés al arte universal.

Bailarinas, picadores, amigos artistas, gitanillas, toda una visión de lo español en el torbellino que se hace ágil a pesar de la materia inerte sobre la que sopla el genio.

Camón Aznar dirá que desde el renacimiento hasta Gargallo no ha habido una revolución mayor en el arte de la escultura. La herrería familiar le dio el soplo y la ventolera de recorrer Europa. Se hizo en París y Barcelona pero su obra por universal es aragonesa. No se pueden perder las raíces, y mucho menos hay que dejar que se trasplanten al artificio de lo ocasional o volandero.

La tierra que da grandes artistas, escritores iluminados, pintores, visionarios, cineastas, poetas, científicos, es ésta, está hecha de barros y piritas, de viento y soledad, de humildes tomillos serranos o de huertas ribereñas del río que dio nombre a la península.

Gargallo con él de Maella, herrero hijo y nieto de herreros, un aragonés de genio, que revolucionó la escultura.

LUCIUS AEMILIUS LUPUS, EN EL MAUSOLEO ROMANO DE FABARA

por

JAVIER ARCE

Quisiera que se entendieran estas líneas más como una evocación o glosa que como un estudio sobre el monumento de Fabara. Tal investigación —a pesar de los numerosos atlas, guías turístico-arqueológicas o artículos de prensa que en los últimos años pueblan la bibliografía aragonesa— está aún por hacer en su totalidad de una forma científica rigurosa. Porque puestos a recordar trabajos dedicados a este monumento, por encima de las referencias de los arqueólogos locales, han sido un catalán —Puig y Cadafalch— y un gallego, el Prof. Blanco Freijeiro, quienes más acertadamente han abordado Fabara como se merece. Una excepción, debida a un paisano: Enrique Vallespí con sus «Anotaciones al mausoleo romano de Fabara, Zaragoza», Zaragoza, 1954. Cada uno de los citados aporta parte de su ciencia de distinta manera. Blanco propuso y leyó la inscripción del friso, de la que restan solamente los hoyos que otrora sujetaban las bronceas letras que recordaban al difunto; Vallespí abordó con entusiasmo local y amor la historia del monumento; pero lo sorprendente para mí —y quizás para Vds.— es el caso de Puig y Cadafalch. En un libro titulado «La Arquitectura romana a Catalunya», Barcelona, 1934, se incluye nuestro monumento como si Fabara perteneciese a Catalunya. ¿Apropiación indebida? ¿o estos parajes pertenecían en 1934 a Cataluña ciertamente?

De todas formas los romanos no entendían de estas divisiones territoriales. Fabara no pertenece ni a Cataluña ni —hay que decirlo— a Aragón: pertenece a la cultura romana —dominadora y dominante— en la Península. Hablar como han hecho algunos, de «los mausoleos aragoneses», sólo se puede entender desde una perspectiva actual: no existe lo aragonés en el siglo I de la Era.

Pero hay más errores. Nuestro común amigo J. Mateo ha elevado a Lucius Aemilius Lupus —enterrado aquí— a la categoría de «general romano». No lo fue. Si lo hubiera sido, ese afán de relumbrón que no falta en las inscripciones, no sólo de los generales sino incluso de los soldados del más inferior rango, si es que en su carrera han conseguido algún cargo o han sido condecorados con alguna *falera* o *hasta pura*, hubiera hecho registrar a Lupus su título de *centurio*, o *cónsul* o *primipilus*. Pero no es así. Y es mejor considerar a Lupus como un civil —rico, eso sí— pero nada más. La evocación poética debe forzarse hasta un límite. La historia es otra cosa. «A los poetas y a los pintores les está permitido todo» —dice Horacio. No así a nosotros.

Pero aún siendo esto así, a veces la realidad, o mejor, el análisis de la realidad, supera la posible imaginación.

Lupus era un hombre de tres nombres. Polinómico. Esto era lo diferenciador de los romanos —además de la toga— frente a los provinciales: *Praenomen*, *Nomen*, *Cognomen*. Rumbosa forma de apabullar al indígena, flamante manera de demostrar superioridad. Por eso muy pronto los más aprovechados, o los más complacientes o colaboracionistas, se apropiaron de este curioso sistema de nomenclatura onomástica. Pero el apellido (*cognomen*) de Aemilius tiene mucho de romano o de ecos de la Roma primitiva y lacial. Forma parte de esa extensa lista de apellidos derivados de la fauna que tan bien ha estudiado Irijo Kajanto. Tomado de la fauna en sentido metonímico: se pensaba —o este fue el origen— que un hombre que lo llevaba poseía las características del animal del que tomaba el nombre. En nuestro caso Lucius Aemilius era el *Lobo*. ¿Fue él astuto, fiero, agresivo, traidor, triste, insociable? ¿Lo fueron sus antepasados? Lupus es un viejo *cognomen*. Los *Rutilii* de la República lo llevaron. Y tampoco falta en España. Caius Servius Lupus, natural de *Aeminium*, en la Lusitania arquitecto, construyó el Faro de La Coruña, en el *Finis Terrae* que sirvió y fue al mismo tiempo trofeo que recordaba las victorias sobre los cántabros. Lupus, lobo, tiene sentido apotropaico: cabezas de lobo decoraban la parte central de los escudos de los legionarios romanos para ahuyentar al enemigo; el escudo de la Atenea pensativa de la muralla de Tarragona se adorna con una cabeza de lobo; una tuba de terracota de Numancia termina en su boca ancha en una cabeza de lobo, como si el sonido que despedía quisiera, por contacto, semejarse al aullido de los lobos. Los indígenas entendían bien el sentido del lobo, animal sagrado y feroz. Un Lupus, además de su toga y de sus tres

nombres y de su riqueza, causaba un respeto onomatopéyico entre los atónitos «provinciales» de esta zona. Y hasta para los propios romanos Lupus traía a la memoria a la *lupa* romana, símbolo eterno de la fecundidad, de las *lupercalia*, de la *aeternitas* de la *Urbs*, de la vuelta a los *Saturnia regna*, al estado feliz del *saeculum aureum*.

Sabemos muy poco de L. Aemilius Lupus, enterrado en Fabara. Murió joven. A los 23 años. Otra razón para que no fuera general. Debía de ser la esperanza de sus padres. La repentina muerte truncó una vida prometedora. Lo que no consiguió en vida, Lucio Aemilio Lupo lo consiguió en o con su tumba. Sus padres lo intuían: Lucrecia y Lucio Aemilio Peculiaris —este era el *cognomen* del padre— le erigieron un monumento precioso, evocador, exagerado casi, este monumento de Fabara que es templo y es tumba al mismo tiempo. Así rezaba la inscripción que en letras de bronce, hoy desaparecidas, adornaba el friso: «A Lucio Aemilio Lupo, de 23 años. Lucio Aemilio Peculiaris, hijo de Lucio, y su madre, Lucrecia, lo hicieron». Toda una generación de Lucios. Abuelo, padre, hijo/nieto.

El *cognomen* del padre (y valga aquí la redundancia) es ciertamente peculiar. *Peculiaris*, como apellido, no es muy abundante: 76 hombres, 8 mujeres y 16 esclavos y libertos se llamaron así —según nuestra documentación— en la antigüedad. Y es especialmente peculiar porque nos descubre otra parte —quizás la parte inconfesable— de la historia y la vida de los miembros de esta familia. Si Lupus hace alusión al *lobo*, Peculiaris hace referencia al *peculium*, esto es, al *peculio* o la paga que un individuo entregaba a su propiedad personal, a su esclavo. Un *cognomen*, pues, que hace alusión al origen servil —remoto, pero posible— del que lo llevaba. ¿Había sido la familia de Lupus inicialmente esclava que alcanzó la libertad, amasó riquezas, y vio truncadas sus esperanzas con la muerte de su hijo? Se puede pensar sobre esto; las hipótesis se agolpan.

Hemos hablado de que el mausoleo de Fabara es un templo/tumba. Insistir en esta idea permite descubrir también algo más de la historia de Lupus.

Los griegos —y los griegos helenísticos especialmente— heroizaban a sus muertos en ocasiones. También los romanos. No es extraño por tanto que algunas tumbas adopten forma de templo. El de Fabara, con sus cuatro columnas toscanas lisas, su friso jónico, sus pilastras laterales, su construcción en *opus quadratum*, su pequeño *podium* sobre el que se eleva, su estrecha *pro-*

naos que da acceso a la cámara a la que se baja por una escalera, ¿es un monumento que pretendió —consciente o inconscientemente— dejar constancia de que allí estaba enterrado un «héroe» o, mejor, un personaje al que se quiso heroizar? Los caminantes que pasaran por allí pudieron pensar así al verlo.

Los modelos arquitectónicos del templo/tumba de Fabara se encuentran en Italia y en otros lugares del Imperio: nos trae a la memoria el de Annia Regilla en la Via Apia de Roma y otros de Africa, de Oriente, de Sicilia.

Guirnaldas y bucráneos son los únicos adornos que rompen la severa sencillez de este edificio. Guirnaldas que son la alusión al deseo de que el muerto florezca algún día aquí o en el otro mundo. Bucráneos, cráneos de buey descarnados, que alejarían —dentro del sistema del simbolismo funerario romano— los malos espíritus del lugar.

Pero hay algo en el monumento de Fabara que se nos escapa, hoy por hoy: la cronología. ¿Cuándo fue hecha la tumba de Lupus? Algunos, más intuitiva que científicamente, propusieron el siglo II d. C., la época de la dinastía de los antoninos. El estudio de las inscripciones no es muy positivo en este aspecto. Pero pensar para este monumento austero, toscano, severo, que rezuma el viejo estilo y el espíritu catoniano, una fecha florida y rococó como la antoniana, me parece excesivo. Yo propondría la primera mitad del siglo I entre Augusto y los Flavios. Es una hipótesis de trabajo a comprobar.

Estamos ante un monumento funerario. Nosotros, los arqueólogos, o los historiadores, siempre a cuestras con la muerte. Sabemos más de la muerte, de las costumbres funerarias, que de la vida de los antiguos. Es triste, pero estimulante. Se me ocurre una larga reflexión sobre este fenómeno y sobre lo que los romanos pensaban acerca de ello. Pero es más apropiado, pienso, recordar aquí un pensamiento de Cicerón en sus *Quaestiones Tusculanae* (I, 14): «La creación de una familia, la perpetuación de nuestro nombre, la adopción de los hijos, el espíritu dado a los testamentos, los mismos monumentos que son las tumbas con sus inscripciones, ¿qué otra cosa significan sino que nuestro pensamiento se extenderá hacia el futuro?». Esta idea tan romana, que sin duda preside este bello edificio, se complementa con aquella de Horacio: *Non omnis moriar*, «no, yo no moriré completamente» (Odas, III, 30). Lucius Aemilius Lupus, *sit tibi terra levis*, que la tierra te sea leve.

CATALA A L'ESCOLA

por

J. A. ROMAN LEDO

Soñé a Dios como una fragua de fuego, que ablanda el hierro, como un forjador de espadas, como un bruñidor de aceros que iba firmando en las hojas de luz: Libertad.

ANTONIO MACHADO.

No queremos en momentos de exacerbación nacionalista contribuir con nuestra voz a tan desafinado concierto, enfundar la forja de nuestros balcones con señeras ni mucho menos ondearlas al cierzo de la confusión ceremonial.

Sabemos que Pablo Gargallo, escultor español, es el magno artífice en la revolución de la escultura contemporánea. Gargallo es un aragonés emigrante que se establece en la capital de las bellas artes: París, como tantos y tantos ciudadanos del mundo que en los albores del siglo buscaban la luz de la última obra en la Ciudad-Luz.

No existe un solo lector francés que habiendo votado a Valerio Giscard, a Santiago Chirac o a Francisco Mitterrand nomine a Picasso, Neruda o Gargallo con el onomástico francés PAUL y ello a pesar de ser nuestros insolidarios vecinos compatriotas de Chauvin.

Federico Torralba, magnífico estudioso del arte aragonés de nuestro tiempo, ha destacado el espíritu aragonés que late en las obras de Gargallo y ha escrito: «En su aspereza, en su ruda grandiosidad, en el bronco empleo del material y las formas, en su simplismo (aparente) y contundencia...». Son todos ellos, rasgos de identidad del ser aragonés y de sus formas más manifiestas.

Y es que, remedando al profesor Torralba, podríamos afirmar que los ciudadanos de este Aragón no tenemos remedio histórico, porque como las esculturas de Pablo, somos ásperos, ru-

dos en nuestra grandiosidad, broncos en las formas, aparentemente simples y contundentes... y todas estas condiciones tienen siempre peor mercado que las finas hilaturas de Egara o los afamados paños de Sabadell.

La evidencia de que ya en pleno siglo XIII, la Corona de Aragón delimitara sus actuales lindes peninsulares, demarcando la división que ha llegado hasta nuestros días, en tres reinos, Aragón, Cataluña y Valencia; nos obliga a soslayar todo afán polémico, a pesar de la reciente edición del «Mapa dels Països Catalans» con que la «Caixa» ha premiado el ahorro de tantos ex-regantes aragoneses como laboran en Barcelona.

Nos complaceremos únicamente en reseñar con brevedad la biografía del escultor aragonés en clave ampurdanesa. Obviaremos lo mucho de positivo que engalana el «seny» de nuestros convecinos. No olvidaremos el destello histórico de personalidades tales como Verdaguer, Espriu, Pla, Guadí, Sert y tantos otros... No ignoraremos la distancia existente entre nuestra burguesía de inicios de siglo y la pujanza de las clases altas y las instituciones barcelonesas del mismo tiempo... pero estableceremos, si es posible, la clara diferencia entre el préstamo de los inventores de la «Taula de Canví» y la donación plena, universal, sin interés a plazo fijo, que Aragón hace de sus mejores hombres en ámbito universal. Y aquí suponemos que se encierra la fórmula mágica: Nuestros géneros tienen un mercado común sin fronteras, una marca de garantía indeleble al tiempo y una traducción fiel a cualquier idioma.

La Historia del Arte, de Pijoan; la Gran Enciclopedia Salvat, la revista «Destino», el diario «La Vanguardia», las revistas «Batik», «Serra d'or» y la casi totalidad de los mandarines que ostentan la crítica de arte en Cataluña escriben sin pausa del «escultor Pau Gargallo» para situarlo como precursor de toda la escultura contemporánea, para afirmar que pocos artistas han dejado una huella tan profunda en el arte, y que después de Gargallo todas las innovaciones son posibles. Los más condescendientes, como Alexandre Cirici, acceden a naturalizarlo dentro del «área cultural nuestra (catalana) por ser Gargallo hijo de la faja de lengua catalana de la provincia de Zaragoza».

En un sencillo ejercicio de abstracción, vamos a permutar su principio en Maella por su prematuro final en Reus. Glosaremos su fértil vida como si fuera nuestra y su obra, como albaceas que podemos ser, gracias a las rentas de nuestras subvenciones anteriores...

«Pablo Gargallo, nació en la ciudad de Reus en 1881, no lejos del delta de nuestro gran río, en la inmediata provincia de Tarragona que año tras año se nutre con la vitalidad de los miles y miles de aragoneses que extienden su ocio y contraen su pecunio por las numerosas playas mediterráneas. La presencia de Gargallo en Zaragoza tiene el máximo interés por razón de lo impar de su obra, por su conexión con el Cubismo y sobre todo por incardinarse en el área de nuestra cultura. Reus y su comarca viene a ser como la cuarta provincia aragonesa. Cuando la Diputación General de Aragón lo llamó para colaborar en la gran empresa de la Escuela Superior de Artes y Oficios, él aceptó y abandonó París para ocupar un lugar de responsabilidad en Zaragoza. Colaboró con Eusebio Aznar y Lascorz, el gran medallista y escultor-decorador y formó parte importante en la obra de Domínguez y Montañés, Ruiz y Casamián y Ambel y Marzo. Contribuyó intensamente en la decoración del Palacio de la Música Aragonesa y se está de acuerdo en que el grupo del templo dórico, el Beethoven, las nubes y la cabalgata de las walquirias, así como el sauce, las flores de mayo que están en la boca del escenario del Palacio, son obra de Gargallo. Su primera obra profesional la realizó en la Fonda España de la Plaza Aragón, por eso Zaragoza tiene una especial significación en la obra del artista, posteriormente ampliada en sus grandes conjuntos decorativos: Palacio de la Música aragonesa, Hospital de Nuestra Señora de Gracia, estatuas para la plaza de Los Sitios y para el estadio de Torrero. Así Zaragoza marca los hitos de toda la labor artística de Gargallo.

Zaragoza definitivamente se convertiría en la ciudad clave de toda su vida. La ciudad clave de la vida de Gargallo que a raíz de su última exposición en la Sala Gambrinus declaraba al «Heraldo de Aragón»: «Siempre me he sentido ibérico y aragonés».

Esta crónica-ficción debió ser nuestra. Si así hubiere sido la hubiéramos eximido de depredación, respetando las palabras del artista bajo-aragonés: «Crear no es hacer como el camaleón, que cambia de color según el fondo en que se posa».

Con estas anotaciones que quieren reflejar cuanto de enriquecedor trasfundió la ciudad de Barcelona y la cultura catalana de su época en la savia creadora de nuestro primer escultor no hemos querido establecer causa de litigio, sino más bien, una vez más, dejar patente la universalidad de lo aragonés y el nulo afán de monopolio cultural que nos define. Y una vez fijado nuestro raigón y reconocida su esencia, tanto nos dará que se hable del Gargallo catalán, del Buñuel mejicano, del Sender californiano,

del Servet ginebrino o del Goya bordelés... y mientras, seguiremos pensando que existen dos clases de escuelas, una introvertida, raída, lugareña y rapaz y otra, abierta a todos los aires, expandida, generosa y fértil.

GRETA GARBO, EN UN RETRATO DE PABLO GARGALLO

por

MANUEL ROTELLAR

En 1930 el arte de Greta Garbo se consolida. El cine ha roto su silencio y la pantalla suena con la voz de los famosos. El llamado arte del silencio, rompe su mutismo. Las estrellas del cine imponen con la voz su capacidad artística al servicio de un arte más complejo y más humano. Muchos astros del cine se derrumban, pero el arte de Greta Garbo emerge triunfal, redivivo. Llegan muchas sorpresas en el mundo cinematográfico. Garbo, por ejemplo, se impone. La actriz tiene la voz grave, pastosa, pero suena con armonizadas, bellas inflexiones. Su primer film hablado, «Anna Christie», es adaptación de una obra teatral de O'Neill. La película ha sido un éxito resonante; todos los periódicos comentan las primeras palabras de Greta, pidiendo whisky al entrar al cafetuchito, para ahogar sus penas en alcohol. Las pronuncia con un sonido aguardentoso, de consumada catadora de licores. Pero en la gravedad de su petición hay arte, y hay sed de muchas apetencias. «Anna Christie» trae aires marineros, avidez de horizontes. Las pasiones se ponen al rojo y el drama copia reflejos de emociones y rudezas. En 1930, el arte de Greta Garbo llama la atención de artistas que, como Pablo Gargallo, el gran escultor de Maella, quieren captar el espíritu de una gran actriz, la mejor, en sus esculturas modernas. Es un busto de chapa recortada y soldaduras inteligentes donde emerge el rostro de la actriz a través de sus singularidades más identificadas. La técnica utilizada por el gran escultor aragonés es la que aplicará, pocos años más tarde, a su «Gran profeta»: una síntesis formal, con «valoración de huecos y macizos». Tal labor de síntesis en el retrato de Garbo no excluye, sin embargo, ninguno de los rasgos más preciados de la

gran actriz: frente abombada, largas pestañas en unos párpados que parecen cerrarse por su peso, para sumirse en meditación trascendente; el pelo cae lacio y oculta un esbelto cuello de cisne; una mejilla ha desaparecido por uno de los meditados huecos que ahuyentan, al parecer, la línea que el escultor consideró superflua. No hay carencia alguna en el conjunto, y el rostro de la divina actriz aparece más meditativo que nunca, con esa belleza lejana, distante y misteriosa de moderna esfinge. Los labios, sensuales, son dos finas láminas que simulan un fruncimiento. ¿Qué última mirada apeteció captar Pablo Gargallo en esta hermosa escultura de una famosa actriz mitificada por el cine? No lo sabemos. Pero su gesto detenido, maniatado, acaso capte un arte personal que el cine siempre nos ofreció inseguro y poco preciso, inasible y huidizo. En la escultura de Gargallo vemos vida, melancolía, gesto... Acaso Greta Garbo está aquí prisionera del misterio que llenó su vida toda. Y Gargallo, con su arte supremo, hizo posible el momento que nos fascina y que nos intriga. Acaso el enigma de este retrato de Garbo es el enigma de un ser sencillo que se sintió prisionera de la fama y de los convencionalismos de Hollywood. Porque el gesto, es un gesto detenido. El gesto que la actriz nunca hubiera querido que nadie descubriese, porque era el grito que ningún metal puede hacer sonar, por ser el gesto de una imposible HUIDA: El gesto detenido de la muerte.

ENVIO

por

JOSE LUIS DE ARCE

Querido Joaquín y queridos amigos:

No hay casi nada nuevo bajo el sol.

Ni siquiera estas Jornadas Literarias, que muchos de nosotros redescubrimos otrora, algunos en la década feliz de los sesenta, cuando la provincia no era un terreno de disputa política y la cultura seguía siendo un bien escaso, apetecible, divertido y pendiente de extensión, universitaria, popular, entrañable, asequible y aventurero.

La Extensión Cultural, que se recrea ahora con el aporte fundamental de los recuerdos ya lejanos, fue una forja de lazos de amistades entrañables, de conviencias a la sombra de poetas, músicos, cineastas y titiriteros provincianos, divertidas y emocionantes gentes precursoras de Ministerios y actividades de todos los colores que ahora entre nosotros los príncipes pretenden inventar.

No hay tampoco provincianos irredentos.

Hay, por ventura, aragoneses y zaragozanos conscientes y del campo, labradores de la gleba y de la ciudad, industriales analfabetos y autonomistas de derechos. Son casi todos gentes que se están volviendo serios, conspicuos, aburridos e insoportables, porque se inscriben en la circunferencia inexorable y cerrada de la mecanización, la ritmia persistente y la desopilante contracultura del televisor las máquinas agrícolas gigantes y sofisticadas, el sindicato de turno y la intoxicación nuestra de cada día.

En el fondo de su corazón, late, no obstante la esperanza. Y, sobre todas las cosas, un deseo delicadamente implícito de nuevas cotas de cultura y, por ende, de conquistar la libertad definitiva.

José Luis de Arce

Enseñar a Charlot en las aldeas; sonar a Beethoven en las tabernas; recitar a Lorca, o a Machado, bajo los chopos; hablar y ver a Goya en Fuendetodos; investigar a Lupus —general o plebeyo— desde la lejanía cariñosa y adicta siempre de algunos madrileños de aluvión... compartir todo eso en colectivo pertinaz con los hombres admirables de los pueblos, llevarles en persona el mensaje en autobús, allanar salones de ayuntamientos, templos parroquiales, placicas encaladas y recoletas, oscuros y vetustos rincones de casinos decimonónicos; irrumpir la alegría y la zaramba de la gente joven, el humor somardano de los maduros y la socarronería brava de los ancianos en flor de senectud... todo eso es la extensión cultural. Noble afán socio-social de quienes de verdad aman a su tierra y a sus gentes. Noble empeño de los activistas marginales, de los impenitentes optimistas, de los verdaderos reformistas, de todos los que ven la vida, y las cosas de la vida, con las gafas redondas y grandes del candor y el interés por todo lo que es, suena o huele a humano.

Yo siento de verdad no acompañaros hoy, a mis amigos, por este itinerario —fascinante como todos— de nuestra torturada geometría provincial; pero no quiero faltar, como pueda, siquiera con este modesto testimonio de recuerdo y aliento, a la cita ineludible, al canto de sirena que para mí supone la reaparición de actividades de extensión cultural en esta provincia, nuestra provincia, que en mis tiempos mozos ocuparon tantas y tantas horas de dedicación, ilusionada.

Conectad con la geografía de Aragón; con los campanarios de sus pueblos desde lejos; con sus paisajes duros de colores ocres; llevad vuestra compañía de hombres sanos a los sanísimos hombres de este territorio sacrificado; habladles con desinterés y con afecto; fijaos en los niños —seguramente escasos— de pupilas desmesuradas: son nuestro futuro necesario, el activo principal de nuestra pobre riqueza cultural.

Haced camino al andar.

Dejad vuestra huella imborrable de amor a lo nuestro.

Haced extensión cultural.

Es una limpia y hermosa tarea.

Quien lo probó, lo sabe.

Y os abraza.

QUINCE

por

JAVIER BARREIRO

A Pablo Gargallo

Inculpa esta noche huecos que se habitan,
prorrumpē en tumulto, sortea y asciende;
bizca de zig-zags, juega sin fortuna.
Un receso: parodia de tantas...
lengua que se posa, voz innominada,
espejo de espejos que sirven ficciones.
La vuelta al inicio, risas del retorno,
brinca un laberinto que surge de abajo,
resta de matices, rico en ouróboros.
Esa finta fría, este trazo incruento:
queda es la minucia que forjo y que trago.
Fines que se abaten salvados de asombro.
Lastrado de ansia, crespo hasta en lo cierto
crece en la enfilada; asoman queridos:
rumiante que la frase es un mal sistema.

POEMA 13

por

FERNANDO CASTRILLO

A Pablo Gargallo

Antes de la ignorancia,
cuando no había bálsamos
para la fiebre,
cuando era el viento quien
despuntaba las ventanas.
Antes de que la crónica
de nuestras casas nos dijese
que eran sólo cárceles
de plomo y alarido.
Mucho antes de la decrepitud
yo sacudía de par en par,
las cancelas y los patios
de los huracanes,
y los mojones de agua
que sostienen a la tierra.
Antes del murmullo aéreo
de los niños,
yo ya no vivía aquí,
vine entre una legión de crisantemos,
reclamado por el necio hemisferio
de los panteones.
Vine por encima
de las pérgolas anaranjadas
que hay al final del invierno.
Y me he quedado sin tiempo.
Pero después de ahora,
ya estoy con vosotros,
porque habéis vertido la noche
en un venéreo esperpento de cadáveres.

Fernando Castrillo

Porque conseguisteis desgajar
la garganta de los álamos,
y sólo os queda
su corteza de polvo,
de escarcha escayolada,
de maíz. Unicamente
las almendras os sucederán.
He venido personalmente a vosotros
en cada nombre,
y ya soy una mentira más
arrancada de las encías
con rugido de amarantos.
Ya nos hemos quedado
con la mortaja de espinas
que tiene el olvido.
Y se nos transparenta
la respiración en los costados.
Se nos han entretenido los párpados
en la bruma de los huesos.
Y en el centro mismo de la ingle
nos coincide un sudor rancio de acre.
Nos condenamos a ver marfiles,
relojes, llaves, autobuses.
Enjugamos nuestros labios
con lo que tiene de espumoso
el vientre de una mujer cualquiera,
extraña, indiferente.
Nos van exterminando
incluso las entradas que esperábamos
desde el mármol genital de la ceguera.
Por eso nos hemos quedado
en lo cetrino de las lágrimas.
Por eso estamos enfermos de años,
satélites de la soledad,
engañando a los sueños
con nuestro torpe saldo de hombres.

AL ESCULTOR «PROFETA»

por

JAIME GOMEZ AGUAYO

Otro Pablo, aragonés enhiesto,
completa el trío de Pablos
universales artistas
que España dio generosa a todos los vientos.
Andaluz Pablo Ruiz Azul Picasso,
Casals Pablo, el catalán genial
y este aragonés, nuestro Gargallo maellano,
causa y efecto factual
de ese mágico «Profeta» que quiere simbolizar
esta tierra bendita e irredenta
que sus muchas sedes y hambres quisiera en su milenaria identi-
[dad reencontrada.

El Profeta de Aragón fue Costa,
y Gargallo su «Profeta» quiso al mundo regalar,
en mensaje arrebatado de esperanza
en prédica constante de la paz,
una PAZ con Libertad que en la Justicia y la Cultura
sólo y siempre en todo pueblo se podrá consolidar.

Aragón,

Tierra de Goya, de Camón y de Buñuel,
hoy sigue expandiendo su Arte, el de Fermín Aguayo,
el de Viola y el de artistas tantos
que en Serrano —el cuarto Pablo— reedita la verdad
de Piedra y Bronces domeñados
con el escoplo y el cincel
por su voluntad.

ESCRIBIENDO EN LA TIERRA
(Canto a Zaragoza)

por

LUCIANO GRACIA

Cómo me vas sonando a noches de ventisca tierra mía,
a besos muy lejanos, a huellas imborrables,
a llantos sumergidos en noches de verano,
a luz eternizada.
Cuánto grito de madre, cuánto sol en los ojos,
cuántos años rodando por tu suelo.
Hermosa tierra mía,
cómo me vas poblando de muertos la memoria.
Déjame que te cante como si fuera mío tu destino,
como si fuera tuya mi esperanza.
Me entregaste una voz para clamar tu nombre,
simiente de legumbre y de maíz para sembrar la tierra,
unas manos para segar el trigo y unos pies encendidos
para prensar las uvas.
Aquí tienes las manos que nunca fueron mías:
acariciaron ríos como mares,
acariciaron labios y bocas temblorosas,
acariciaron senos y perros con latido,
acariciaron siglos de amor desesperado.
Tierra mía, vestida de labriego,
de espigas amarillas y de furia de toro.
La del rostro del trigo y del arado,
la del rostro del pan y del sarmiento. Qué trabajosamente
me has dado una alegría.
Tendría que nacer de nuevo para agredir tu nombre.
Me llegas cada día con dulces vibraciones.
Me surges sin violencia de la tierra
quemada, de la blanca ceniza de los sueños.
Cuando llego a mi casa con el alma en desorden

Luciano Gracia

y repaso las noches inundadas de frío,
tu lluvia se derrama
como espuma de mar sobre mi vida.
Así anduve a tu lado, soñando y esperando,
quemando la razón de mi delirio.
Escribiendo en la tierra, escribiendo en la frente
de los muertos
la cicatriz hermosa de tu historia,
esculpida en el aire,

perpetuada en la sangre.

Si es posible morirse con los ojos abiertos,
dulcificando el barro con la boca,
me moriré a tu lado,
sin sentir la impalpable sensación del miedo.
Te entregaré mi piel
consumida de sol y sobresaltos,
mi garganta y mi lengua sin preguntas
y mi voz, muy callada,
bogando dulcemente por el Ebro.

EL PROFETA

por

BENEDICTO LORENZO DE BLANCAS

A Pablo Gargallo

Captación del vacío. Escotadura
que filtra los espacios y los vientos.
Delineación del hombre y sus acentos.
Vigorosa expresión de su estatura.

Tú le das vida, Pablo, en una dura
batalla con los fríos elementos.
Le arrancas a la fragua ese portento,
forja de tus ensueños de aventura.

Y es irrupción de vida que restalla,
flamífera canción, verbo encendido
en el inmenso cosmos que ennoblece.

Pero también flamea, como tralla
que clama por el orden ofendido,
noticia de la muerte que amanece.

MATINAL DE MUERTE

por

V. LUIS MELERO OCHOA

A Pablo Gargallo

Son tantas las madrugadas
con rumor a cementerio
desde la cama,
tantas las oportunidades
que la dalla asesina,
con mecánica precisión,
cosechó dolor de lágrimas muertas.
Son tantos los desayunos
saludando con un bostezo de prisa
y un estornudo de indiferencia,
al anuncio de la muerte.
Son tantos los designios macabros
con sueños de ataúd,
tanta la eficaz rutina de hielo
diplomando a los funcionarios
del crimen.
Cuánta la rabia liberada
en el rito cruel de los homicidios.
Cuántos los cadáveres futuros
que ríen aún con niños
ignorantes en sus rodillas.
¿Cuántos quedan en la lista?
Cuántos dejarán una herencia
de juguetes casi infantiles
reposando en el armario.
Cuántos ceñirán de luto
a las submarinas estrellas,
que como novias engalanadas,
se quedarán huérfanos de sol.

V. Luis Melero Ochoa

¿Cuántos osarios faltan?
Sabed que os reconozco chacales,
cuyos dientes brillan
con fúnebres silbidos de metralla
entre sus maxilares.
Sois una furia criminal
que desconoce su nombre,
ese que apesta a cianuro,
a entierro innecesario.
Han sonado las nueve.
¿Qué rumbo tomará el hambre?
Qué dirección o uniforme
exigirá hoy la muerte,
como un mitológico dragón
que se apacigua en el desierto.
Son tantas las equivocaciones
con diminutivo de bala.
Son tantos los que disponen,
los que temiblemente juegan
a dioses del destino.
Son tantos los arañazos,
las cicatrices, la costumbre
de vomitar fuego,
que a nadie le extrañan,
unas esquelas de odio
en los periódicos.

EL PROFETA DE HIERRO

por

PEDRO MONTON PUERTO

Venid aquí profetas de hierro, hueco y vértice,
con una mano abierta de palomas celestes.
La aurora del desierto les besará el volumen
escueto que adelgaza la sombra traspasada.

En la oquedad se hace la luz, derraman
las barbas su picuda caricatura noble
y gritan ¡voz!

¡Voz! ¡Hierro que resuena como una cárcava deshecha
por las gotas que retiene el martillo
sobre el yunque que llora en el mundo!

No me déis las figuras pasivas del cedro y la pita,
ni la arena quebrada que en la duna se duerme menuda.

El profeta de hierro os pido, calambre del óxido,
cuanto más y más duro y más hombre.
gimiendo de erecto.

¡CLAMOR ARAGONES!

por

INES MOZOTA DE BAYA

Cuando ARAGÓN esté limpio
del polvo con que lo empañan
servilismos partidistas,
egoismos endiosados,
olvidos paternalistas...,
¡de ARAGÓN no se dirá
que no lo defienden TODOS!
Ay, ARAGÓN, por tí clamo
que de ARAGÓN no se diga
que perdemos tus derechos,
que tus riquezas nos llevan,
que ignoramos tus valores
cuando otros los cotizan;
¡que los tenemos presentes!
¡Reafirmamos que sean
patrimonio de ARAGÓN,
demostramos su valía!
Que mal podremos clamar
la gloria de NUESTRO PUEBLO
si dejamos que el presente
nos lo arrebate la insidia.
Ay, ARAGÓN, por tí clamo
que no haya rencor ni envidias,
que ARAGÓN lo hacemos TODOS
que su temple nos anida,
y, uno a uno, ARAGÓN es
que deseamos que triunfe,
y defendemos su vida.
Que es lema de NUESTRA TIERRA
cantadora de verdades,
creadora de valías,

Inés Mozota de Baya

defensora en libertades,
paladina de justicias...,
el defender lo que es nuestro
que otra cosa es cobardía.
Que ARAGÓN llenó su historia
de honradez y de nobleza,
de firmeza y valentía,
de cultura y de trabajo,
creando una ESPAÑA UNIDA,
¡llevándola por el mundo
en las entrañas metida!
Ay, ARAGÓN, por tí clamo
que cuantos ARAGÓN vibran,
hagamos tu historia digna
de cuantos así la hicieron,
y, TODOS, como una niña,
¡DEFENDAMOS LO QUE ES NUESTRO
Y QUE DE ARAGÓN SE DIGA!

TE BUSQUE

por

FERMIN OTIN TRAUD

Te busqué desde siempre.
Desde que siendo niño
sentí en el alma infante el dolor de un zarpazo
que nubló mis pupilas
con las primeras lágrimas.

Desde que arrinconados
mis juguetes,
roto su mecanismo,
fueron la traspada línea que marca las etapas
y la vida se muestra
como un largo camino
que se recorre siempre sin ayuda de nadie,
te busqué.

Tú no estabas en las circunstanciales
palabras
que en delirio de nieblas y de insomnios larguísimos
pronunciaban mis labios.
El pesado silencio de la noche entre brumas
era el no más rotundo
para mis esperanzas de encontrarte.

Tenía
la impaciencia purísima del surco que atesora
la semilla que un día
será espiga.

Tenía
la vibración que duele,
la emocionada brasa que purifica
el germen
que desea, ya rota su envoltura aún inédita,
traspasar el agobio que aprieta sus entrañas.

Y en mis tensas esperas,
como un agua estancada,
las presencias ocultas que rigen los destinos
me negaban tu hallazgo.

Te busqué,
con el tesón que guardo en mi sangre, heredado
de seres anteriores a mí;
con la encrespada
violencia del río,
que es mi río, y que lleva
en su agua enamorada la impronta de unas torres
y rotos sus caudales
en los arcos de piedra de su puente romano,
se pierde inútilmente;
con la fuerza del cierzo que viene de mi monte
coronado de nieve
te busqué.

Y los días
guardaban el rescoldo de fuegos no extinguidos,
clamores en desorden que gestaban ideas;
la memoria
grababa sus trazos vigorosos
en mi herida profunda que era el solo elemento
en el que se debatía mi ingenua inexperiencia.

Pero yo te buscaba.
Traspasado de frío,
era mi larga espera al borde de las horas
el refugio
de mis nervios tensados que se me encabritaban
como potros indómitos.
Y llegaba el sollozo, y llegaba la angustia,
como llega la lluvia, el viento y el granizo,
dóciles a la lenta
sucesión de estaciones,
y así,
sencillamente,
cuando en mí la palabra me niegue su lisura
y mis pulsos parados su ritmo no acompasen,
por encima de toda razón,
fuera del tiempo,
te seguiré buscando.

NUEVA
COLECCION
MONOGRAFICA



36
m